

# SELECTA

Año III  
Número 10

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Enero de 1912

Precio:  
UN PESO

Editores propietarios: Empresa Zig-Zag, Teatinos 666



"EL AMOR ES CIEGO"

VIRGIL TOJETTI

# José María de Heredia

Heredia, je t'aime parce  
que tu portes un nom exotique  
et parce que tu fais des vers  
qui se recourbent comme des  
lambrequins héraldiques.

Théophile Gautier.

A DON ALBERTO MACKENNA S.



RACIAS á la iniciativa entusiasta del señor Eugenio Garzón en París, secundada en Chile por don Alberto Mackenna Subercaseaux, se ha comenzado á coleccionar dinero para elevarle en la capital de Francia un monumento al poeta de "Los Trofeos". La idea no puede ser más acertada y el homenaje acabará por consagrar entre nosotros á Heredia como uno de los más grandes poetas franceses. cantor é hijo de nuestra América.



Lejanas se nos aparecen en el presente las regocijadas horas del Parnaso, cuando Leconte de Lisle pontificaba como un dios de Homero en medio de una docena de jóvenes aedas. Al calor de ese cenáculo nació la revolución parnasiana, de una simple tertulia íntima frecuentada por Gautier, el precursor, Heredia el hijo predilecto del poeta de las "Odas bárbaras", Banville, especie de Narciso envejecido, Baudelaire, desdeñoso; Coppée sencillo y humilde; Sully Prudhomme, el filósofo elegante y tantos otros que como Dierx y Glatigny le dieron lustre á sus nombres en las lides del arte.

Después de la leyenda del romanticismo, que se formó alrededor de Victor Hugo, la historia del Parnaso viene á sustituirla honrosamente; de sus alumbramientos parecía depender entonces el porvenir literario de la Francia. A sus reuniones líricas concurrían los poetas llenos de unción sagrada, á imitación de exóticos catecúmenos, para inclinarse ante los versos magníficos y ante la figura patriarcal del pontífice, que esta vez era Leconte de Lisle.

Más que un simple poeta y modesto burgués, sub-bibliotecario del Senado, Leconte vivía como una esfinge en su retiro del bulevar San Miguel. "El lugar ejercía en nosotros—dice Mauricio Barrés—en sentimiento de la jerarquía. Yo ví á los jóvenes poetas inclinarse ante Heredia, el que se inclinaba ante Leconte de Lisle, quien se inclinaba ante Hugo y éste, á su vez, no rendía homenaje más que á la democracia. Todos estos señores vivían según el principio del siglo XVII: que no le está jamás permitido á un inferior de igualarse en palabras á aquél que debe respetar, aún cuando se le iguale en la acción."

Refiere un cronista poeta que Leconte de Lisle soñaba descender del solio de su grandeza olímpica cuando en las reuniones un joven lírico, de nombre exótico y resonante como un tañido de cuerno, leía, con voz pausada y gesto altivo, un soneto. Entonces el cantor de las "Odas bárbaras" dejaba florecer entre sus labios una sonrisa reflexiva y cariñosa y á través del murrnol de su frente parecía cruzar un pensamiento.

Así, José María de Heredia llevaba al cenáculo parnasiano una nota alegre, exótica é interesante.

## I

Nació José María de Heredia en Cuba en 1812. La familia de su padre descendía de la noble prosapia del conquistador Pedro de Heredia, que partió á América en una de las carabelas descubridoras de Colón. De aquel tronco

arranca después una casta luchadora y esforzada, ruda y ambiciosa.

Los Heredia tuvieron vara alta como colonizadores en Santo Domingo, y tan sólo después de una de las sublevaciones de indígenas y habiendo perdido sus grandes feudos, hubieron de trasladarse á Cuba á promedios del siglo XVIII.

El padre de José María, como muchos de los hacendados americanos de aquel tiempo, casó con una hermosa mujer bretona, culta y espiritual. "Sabía latín y leía los poetas", dijo de ella Barrés en su discurso de ingreso á la Academia Francesa. Así, pues, mediante el influjo de esta mujer superior, el espíritu del poeta comenzó á cultivarse en el arte, desenvolviéndose dentro de la perspectiva de un pasado, mitad leyenda, mitad realidad.

En 1851 su madre le envió á Francia, al pequeño colegio de San Vicente, en Seulis, donde, por contacto de la apacible quietud provinciana y de la melancólica educación religiosa, el poeta vivió en pleno ensueño de colegial. Sus estudios fueron los de un perfecto humanista: doctos en lenguas clásicas y bañados en el ambiente del más puro tradicionalismo.

Cuando Heredia hubo terminado estos primeros cursos volvió á Cuba para regresar poco después á París en compañía de su madre. En la isla de sus antepasados tuvo ocasión de vivir tan sólo poco tiempo, recordando la gloriosa historia de su familia que más tarde había de evocar en los blasones miríficos de sus sonetos. Por ese entonces no quedaban ya en Cuba más que vestigios de la posesión de La Fortuna, que otrora encantara sus ocios de niñez. ¿Acaso aquellas ruinas simbolizaban la muerte de su pasado que había de comenzar á revivir en su alma con el regreso á Francia? Esta vez Heredia había experimentado un engaño en América: la tierra de sus ancestros había muerto en él y con ella los entusiasmos de una adolescencia demasiado curiosa y soñadora.

Ya en París el poeta frecuentó las tertulias literarias de Leconte de Lisle y comenzó á escribir desde 1863 los sonetos que en menos de diez años le hicieron célebre aún cuando se habían publicado solamente dispersos en las actas de la Academia del Parnaso y en algunas revistas.

Los parnasianos sintieron bien pronto por Heredia una cariñosa admiración. A pesar del gesto desdeñoso de Baudelaire y del olímpico orgullo de Leconte de Lisle, aquél recién llegado franco-cubano, aportaba á las reuniones el exotismo de un nombre extrañamente sonoro y el prestigio de una gravedad prematura. "Heredia, je t'aime—escribía Gautier—parece que tu portes un nom exotique el parece que tu fais des vers qui se recourbent comme des lambrequins héraldiques".

Durante los sesenta y tres años de su vida Heredia conservó su serenidad reflexiva. Cuando niño no conoció los entusiasmos de una juventud loca, sino que, por el contrario, fué hombre antes de tiempo. Solamente así se comprende también su actitud impassible en el Parnaso y la austeridad puritana de su reducida obra poética.

En 1893 reunió en un volumen los ciento ocho sonetos de "Los Trofeos", el "Romancero" y el poema "Los conquistadores del oro". Además, Heredia publicó, traducida al francés, la magnífica "Verídica historia de la conquista de la Nueva España", del capitán Bernal Díaz del Castillo y

la novela de aventuras "La monja alférez". Al siguiente año de la publicación de "Los Trofeos" fué elegido miembro de la Academia Francesa. En 1905, poco después de haber publicado una edición nueva de las "Bucólicas" de Andrés Chenier, precedida de un estudio, profundo y com-

Huyen ebrios de sangre, crimen y rebelión,  
hacia el profundo valle que esconde la foresta:  
aguijales el miedo, la muerte sienten presta  
y á la noche olfatean un olor de león.

Afrodita, floreciendo, por gracia de un divino encanto,  
de entre las espumas del Océano tranquilo; ó ya es Jasón  
y Medea, perdidos en el misterio del bosque primitivo  
ó el Termodonte corriendo entre sus márgenes sobre los  
despojos que le arrojó la muerte.

Grecia, con sus fábricas y sus epigramas, revive en los  
sonetos con la vida de un friso esculpido por hábil mano  
de artífice. Así, pasan Artemisa, como la Victoria de La-  
matracia, sueltos hacia atrás los cabellos; las ninfas, que  
mientras se bañan presienten la sombra del sátiro; Ariad-  
na sonriendo á las caricias de Teseo; Perseo y Andróme-  
da, y pastores y atletas, hasta llegar á la Roma bárbara  
de los emperadores guerreros ó á la Roma magnífica de  
Antonio, amante de Cleopatra, la reina de las reinas, que  
en el soneto herediano parece destacarse con el relieve de  
una metopa griega:

Bajo la alta terraza donde estaban, dormía  
el Egipto abrumado por cielo sofocante  
y, atravesando el negro Delta, del río gigante  
hasta Bubaste ó Saïs la onda densa corría.  
El Romano en su peto escamado sentía,  
—soldado á quien arrulla el sueño de un infante  
arrellanarse sobre su corazón triunfante  
el cuerpo voluptuoso que su brazo ceñía.  
La pálida cabeza de lóbregos cabellos,  
volviendo al que embriagaba de aromas y destellos,  
tendíote ella las claras pupilas hechiceras;  
Y el caudillo, los bríos ante sus plés prostrados,  
vió en sus ojos, de puntas de oro constelados,  
todo una mar por donde huyendo iban galeras.

El Renacimiento y la Edad Media son para el poeta  
de "Los Trofeos" lo que fueron para Verlaine, "enorme  
y delicada"; épica en su rudeza batalladora y pura en su  
arte angélico y primitivo. Así la evoca Heredia: tiempo  
de artífices y monjes soldados; días de Benvenuto Cellini,  
horas del arte paciente que incubó la renovación, cuando  
en el fondo de una celda, el divino Fra Angélico aureaba  
las coronas de sus santos beatíficos y Pisanello se reclinaba  
en su taller á burilar los frisos de una capa, el asa de una  
ánfora ó el cesáreo busto de una medalla.

De Rimini señor, Vicario y Podestá,  
de Jerifalte hunde ó destaca el perfil  
á la luz crepuscúlea del bronce do el búrtil  
de Mateo de Pastis le incrustó siglos ha.  
No hubo en Florencia príncipe ni en Damasco bajá,  
ni en Mantua ó Milán duque ni marqués tan gentil  
y temido y odiado por la plebe servil,  
como este Malatesta que en pos de goces va.  
Este, el mejor, aqueste Segismundo Pandolfo  
ensangrienta la Marca, la Romaña y el Golfo,  
alza un templo y cantando sus amores se engríe;  
y también sus mujeres son rudas y severas,  
pues sobre el bronce mismo donde Isota sonríe,  
el Triunfal Elefante desvasia primaveras.

La parte más hermosa de "Los Trofeos" es aquella en  
que Heredia, remontándose á los orígenes de su pasado  
legendario, recuerda los gestos del pueblo español en la  
conquista de América. Y cómo es entonces, á los hombres  
de su raza á los que van dedicadas las estrofas, su sangre  
de cubano exalta el heroísmo ancestral evocando, acaso to-  
da su juventud pasada, en la memoria de los conquistado-  
res, rudos, ambiciosos, poseídos por la sed loca del oro que  
se les aparecía en sueños, oculto en las entrañas de las Nue-  
vas Indias fabulosas:

Cual bandada de halcones la alcándara feudal,  
á Palos de Morguer, hartos de altivas penas,  
dejaban capitanes y labradores, llenas  
las almas de un ensueño hazafioso y brutal.  
A conquistar salían el místico metal  
que corre de Cipango por las fecundas venas  
y los vientos alisios llevaban sus entenas  
al borde misterioso del mundo occidental.  
Cada noche, esperando crepúsculos utópicos,  
el azul chispeante de la mar de los trópicos,  
encantaba su sueño con un matiz dorado:  
ó, á proa, de sus naves viendo las blancas ruellas,  
atónitos miraban por un cielo ignorado  
del fondo del océano subir nuevas estrellas



José María de Heredia

prensivo, digno de un San Beure parnasiano, murio en el  
castillo Bourdonné, cerca de Houdan "El hijo de los con-  
quistadores"—recordaba el poeta del "Jardín de Berenice"  
—reposa bajo el cielo donde el viento dispersó las ce-  
nizas de Juana de Arco. Su tumba acrece aún la espiritua-  
lidad de ese Rouen en que el autor del "Cid" enseñó el ar-  
te de los versos á Jacqueline Pascal".

## II

Heredia, como Gautier y Leconte de Lisle, llevó al Par-  
naso la nota del más acabado exotismo. A imitación del  
Victor Hugo de la "Leyenda de los Siglos", el poeta cu-  
bano recorrió en "Los Trofeos" la historia de la humani-  
dad, á partir con ese soneto "El Olvido" que le sirve de  
pórtico al volumen de sus poemas, (evocación esquiliana  
de las ruinas antiguas) y á través de cuyos catorce versos  
cruza el gigantesco aliento del espíritu griego:

Corona el templo en ruinas gigante promontorio.  
Y la muerte ha mezclado sobre buriel terreno,  
Diosas marmóreas y Héroes bronceos, de que el heno  
agreste sepultara el auge transitorio.

Sólo un pastor, guiando por el caduco emporio  
sus bueyes, con su albogue, donde un refrán heleno  
suspira, el mar atruena; y en el azul sereno  
destaca el torso fuerte cual de un atleta dorio.

La Tierra, madre amante de los Dioses que han sido,  
en Abril, vanamente elocuente, alza un canto  
y al capitel vetusto ciñe otro verde acanto;

Pero el Hombre, insensible á cuanto ve caído,  
sin conmoverse escucha en las noches serenas  
la voz del Mar, que evoca llorando á las Sirenas.

Y vienen luego todas las visiones del pasado heroico y  
legendario; desfile de hércules y centauros, Nemea, brutal  
y primitivo, Estinfalo, el arquero de los verdes ojos; y, lue-  
go los crimados curadrúpedos que:

A pesar del alma francesa que el poeta se formó en las aulas de Seulis, su vieja sangre americana rebulle en las venas despertando las energías dormidas de un pasado que se alza como una sombra quimérica. Así, cuando después tradujo Heredia la "Verídica historia de la conquista de la Nueva España", lo hizo obedeciendo al deseo de dar á conocer en su lengua de advenedizo, como la justificación del alma suya, que se transparentaba en las páginas de aquellas crónicas escritas con pluma de hierro y aliento épico.

La América era para el poeta de "Los Trofeos" la voz de la sangre perdida con su niñez prematura entre los árboles y las salas destartadas del colegio de San Vicente de Seulis. A ella había de dedicarle, pues, sus mejores poemas. El, descendiente del conquistador Pedro de Heredia, venía á renovar el milagro de la conquista de la India, pero no ya por medio de la espada y la lanza, sino que como poeta, hermano de aquella admirable Sor Inés de la Cruz y precursor de aquel otro arcabucero lírico, José Santos Chocano.

Heredia amaba nuestra América primitiva, salvaje y heroica; la tierra de las selvas impenetrables donde el misterio de los trópicos guarda sensaciones indígenas, dignas del pincel de un Delacroix ó de los versos de Victor Hugo. Recordemos aquel cuadro maravilloso de "Los conquistadores del oro":

Sobre marga arenosa los caimanes gigantes  
al tapir acechaban ó á las rosas fragantes.  
Los majas plateados y las boas protervas  
con sus anillos múltiples maceraban las hiervas  
ó esperaban, trepando por árboles enfermos,  
la hora en que abrevarse iban los paquidermos.  
Y á los bordes del lago, rico en tósigos miles,  
do sin cesar vagaban batracios y reptiles,  
podfase á la puesta purpúrea del sol ver  
las fieras que en manadas bajaban á beber:  
el puma, el gato, el tigre de rayadas guedejas  
y el hermoso carnívoro que siempre va en parejas,  
más que todos los otros felinos celebrado  
por su terrible gracia y empuje no domado:  
el jaguar. Y doquiera, en aire que colora  
vívida luz, flotaba una viviente flora;  
junto á los cactus áloes nacían; y en sonoros  
rumores prorrumpían cacatúes y loros,  
que bajo pabellones de crujiendo follajes,  
al sol abrillantaban sus pintados plumajes,  
en tanto que, batiendo las alas fulgorosas,  
con los pájaros moscas las grandes mariposas  
lanzaban surtidores varios de pedrerías  
en torno á los bejucos en flor de las umbrías.

Así evoca el poeta la civilización primitiva de indios y españoles, fundaciones de ciudades, empresas dignas de nuevos Jasones como la de aquel viejo glorioso Juan Ponce de León, que se embarcó á traviesa mares en busca de la fuente de Juvencio clavada allá en lo más árido de los yerros de Florida.

Después de la América, Heredia sigue en su excursión hacia el Oriente, y es entonces el Nilo que refleja en su linfa las necrópolis de los reyes, las esfinges de piedra, las procesiones rituales de Hor, Khnoum, Ptah, Neith y Hator; y en seguida la imaginación vuela hacia la patria de los cerezos florecidos donde los camurayes y los daimios esperan las horas de las luchas templando sus aceros; y, por fin, como digno coronamiento de este cielo heroico de bravura y gentileza, el poeta vuelve hacia el presente y se de-

tiene en las frescas tierras de su madre, en la Bretaña de sus abuelos, donde, para decirle la última oración lírica, se descubre como los viejos pescadores á la orilla del mar y reza:

Háse vuelto mi alma una cárcel sonora,  
y como en tus repliegues suspira aún y flora  
el tético estribillo del antiguo clamor.  
Así de aqueste pecho apasionado y tierno,  
sordo, lento, insensible y sin embargo eterno,  
ruje en mí el tético y lejano rumor.

### III

No fué Heredia poeta emotivo, filosófico ó impresionable; nada de esto: sus versos son fríos, marmóreos, esculturales. Jamás un soplo de ternura cruza á través de sus palabras; nunca un arranque sentimental desflora la armonía de su arquitectura: calzan en ellos los vocablos y las rimas como las perlas de un collar.

En "Los Trofeos" alcanzó el Parnaso la suprema florescencia, ya que la perfección á que aspiraron Leconte de Lisle, Gauthier, Bauville y Dierx, logró tan sólo aprisionarla en sus versos este poeta con la paciencia y el alto sentido crítico de un esteta primoroso. Tan solo la maestría de su técnica retórica podría compararse al meticuloso artificio del Fray Juan el Legoviano de su propio soneto:

Mejor que otros artifices que el Libro Gremial visa  
y llámese Ruiz, Arfe, Jiménez, Becerril...  
topacios, perlas, ágatas rielé con mi buril  
de más de un áureo vaso en la asa ó la cornisa.  
He en plata sobre esmalta que vívido se lrisa,  
pintado y esculpido, apóstata y gentil,  
en vez de un Cristo ó Mártir con hábito monjil,  
¡oh infamia! Baco ebrio, Medusa, Neso ó Crisa.  
Adamasqué cien pomos de estoques y puñales  
poniendo un vano orgullo en obras infernales  
que mi ánima agobiaron con culpas que ya odia.  
Mas hoy tan sólo ansío, al ver mi pelo cano,  
á ejemplo del famoso Fray Juan el Segoviano,  
morirme cincelando en oro una Custodia.

El soneto es de una habilidad irreprochable: obra de un retórico meticuloso y de un artista comprensivo. Además, como lo hace notar muy bien Lemaitre, cada palabra es esencial en el vocabulario del armero. He aquí pues uno de los grandes méritos de Heredia: el lenguaje llega hasta tal grado de perfección que en sus estrofas las palabras, además de representar el signo de la articulación armónica en la música del verso, traducen el casi sentido eufónico correspondiente al objeto expresado por el poeta; es decir, objeto, por cuanto en la poesía herediana jamás se trata de un estado emotivo ó de una sensación sentimental: los suyos son versos esencialmente objetivos, pictóricos é impasibles; en cada uno de sus sonetos se adivina la conciencia de un paisaje, como en la Victoria de Lamotrancia ó en el Discobolo, el alma perfecta del movimiento. Un simbolista ó un romántico hubiera dicho de Heredia que no vibraba ante un paisaje ó ante una pasión. La forma rígida, geométrica, puede más en su retina que el alma del microcosmos; jamás adivina, prefiere buscar; es, ante todo un visual y un auditivo. Su pupila estuvo siempre preñada de luz y colores cambiantes como un kaleidoscopio maravilloso.

A. DONOSO.

